

desastre. Aún titubeaba, cuando una voz de mujer comenzó á cantar:

“En el patio del Plato de Estaño.”

Y el coro, mezcla de hombres y de mujeres, repetía:

“En el patio del Plato de Estaño.”

Y en seguida un torbellino de cofias blancas empezó á pasar por delante de la ventana, acompañado del rozar de faldas de paño y del esfuerzo de las voces.

—¡Vamos sargento!... ¡vamos, vamos, Jack!... gritaban.

¡Aquello era demasiado!... ¡Vaya! Muy receloso, el poeta empujó la puerta, y en medio del polvo que levantaba aquel baile de locos, la primera persona á quien vió, fué á Jack, el ladrón, el futuro colono, saltando con siete ú ocho muchachas, entre las cuales había una regordeta, alegre y colorada que arrastraba en la animación del corro á un guapo sargento de aduaneros. Recostado contra el muro, un hombre grueso, ya canoso, veía con interés y alegría cómo se divertían, y risueño, trataba de hacer partícipe de la diversión á una joven alta y pálida que á su lado estaba. La joven, agradecida, sonreía con tristeza.

—¿Qué había sucedido?

Lo siguiente:

Al otro día de escribirle á la madre de Jack, vió el director de Indret entrar en su habitación á la señora de Roudic, conmovida, agitada. Sin pararse en la fría acogida que le dispensaban, pues hacía tiempo que

su mala conducta la había acostumbrado al desprecio tácito de las gentes honradas, rehusó la silla que le ofrecían, y muy erguida, con pasmosa seguridad tratándose de ella, se expresó así:

—Vengo á decirle á usted, caballero, que el aprendiz no tiene culpa ninguna; no es él quien ha robado el dote de mi hijastra.

El director se agitó en su sillón, sobresaltado.

—Sin embargo, señora, ahí están las pruebas.

—¿Qué pruebas? La más seria de todas es que, al estar ausente mi marido, Jack permanecía solo con nosotros en casa. Pues bien, caballero; esa prueba es justamente la que vengo á destruir. Aquella noche había allí otro hombre, además de Jack.

—¡Un hombre! ¿El nantés?

Contestó ella con un movimiento de cabeza: “Sí, el nantés...”

¡Oh, qué pálida estaba!

—¿De modo que el nantés fué quien cogió el dinero?

¿Hubo acaso un momento de duda en aquella cara de muerta? En todo caso, su contestación fué serena y firme.

—No: no fué el nantés quien cogió el dinero... Fuí yo... para dárselo.

—¡Desdichada mujer!

—¡Sí, sí, muy desdichada! Decía él que sólo por dos días, y yo he esperado todo este tiempo ante la desesperación de mi marido, las lágrimas de Zenaida, ante el horrible temor de ver condenado á un inocente... ¡Qué suplicio!...” Nada llegaba. Entonces escribió lo siguiente: “Si mañana á las once no he recibido nada, me denuncio y te denuncio...” Y aquí estoy.

—¡Ahí está usted! ¡Ahí está usted!..... ¿Y qué quiere usted que yo haga?

—Quiero que detenga usted á los verdaderos culpables, ahora que usted los conoce.

—Pero, ¿y su marido de usted?.... Esta doble deshonra le matará.

—¿Pues y á mí?, dijo ella con amarga altivez. Morir es cosa muy fácil. Lo que estoy haciendo es algo más delicioso.

Y tenía ella un trágico valor al hablar de la muerte.

Miraba á la muerte, la llamaba anhelante, con una ternura que nunca dedicó á su amante.

—Si su muerte de usted pudiera reparar la culpa, repuso con tono grave el director; si pudiese servir para recuperar el doté de aquella pobre niña, comprendería yo que quisiese usted morir..... Pero es el caso que ese suicidio sólo á usted es á quien sacaría de apuro. La situación será la misma, más complicada, más lúgubre.

—¿Y qué hacer entonces?, dijo ella apesadumbrada.

Y en su incertidumbre, tornábase la antigua Clarisa, un largo cuerpo delgado, sacudido por un combate demasiado fuerte para él.

—Ante todo, es preciso salvar lo que se pueda de ese dinero. Quizás quede algo aún.

Clarisa movió la cabeza. De sobra conocía ella al terrible jugador. Sabía cómo se había apoderado del dinero, pisoteándola casi para correr hacia la cajita; y claro está que debió jugar hasta el último céntimo.

El director había llamado. Entró un vigilante, el antiguo gendarme, enemigo especial de Belisario.

—Vá usted á marchar para Saint-Nazaire, le mandó

su jefe, y le dirá usted al nantés que necesito de él en seguida. Es más, le esperará usted para mayor seguridad.

—El nantés está en Indret, mi director. Acabo de verle salir de casa de la señora Roudic. No estará muy lejos, seguramente.

—Pues mucho mejor..... Búsquelo y tráigamelo aquí..... Sobre todo, no le diga usted que ha visto á la señora de Roudic en mi despacho..... No tiene que sospechar.....

—Ya entiendo..... dijo guiñando el ojo el perspicaz vigilante, que ni una palabra del asunto sabía. Volvió la espalda y salió.

El director y Clarisa permanecieron mudos. La mujer estaba apoyada en el ángulo de la mesa escritorio, revelando su fisonomía amargos pensamientos; y el ruido laborioso del taller, los quejidos, los silbidos del vapor, unas veces en tono de súplica, ó amenazadores, ó dolorosos, acompañaban la tempestad de su alma. Abrióse la puerta alegremente.

—¿Me ha llamado usted, señor director? dijo el nantés con voz jovial.

La presencia de Clarisa, su palidez, el aspecto severo de su jefe.....

Todo lo comprendió.

¿De manera que cumplió ella lo prometido!....

Durante un minuto, su fisonomía atrevida y brutal quedó trastornada por el terror, por la locura del hombre acorralado que mata para salir del callejón sin salida, en el que se revuelve sin hallarla; pero sucumbió bajo el esfuerzo de aquella lucha interior, y acabó por dejarse caer delante del escritorio, murmurando:

—¡Perdón!

Con un gesto le mandó el director que se levantara:

—Guarde usted sus súplicas y sus lágrimas; de sobra conocemos todo eso. Vamos al grano.... Esta mujer ha robado á su marido y á su hija por usted. Usted prometió devolver el dinero en el término de dos días.

El nantés dirigió á su querida una mirada llena de agradecimiento; lo salvaba ella por una mentira; pero Clarisa no le miraba; no tenía gana de mirarle; harto lo había visto la noche del crimen.

—¿En dónde está el dinero?, repitió el director.

—¡Aquí está!.... Lo traía.

En efecto, lo traía; pero como no había hallado á Clarisa en su casa, llevábaselo él otra vez, más que á paso, dirigiéndose hacia la casa de juego, para ver si le favorecía otra vez la suerte. Era un verdadero jugador.

El director cogió los billetes puestos sobre la mesa:

—¿Está todo el dinero?

—Faltan 800 francos.... dijo el otro titubeando.

—¡Ah! Ya comprendo. Para emprender esta noche otra vez la batalla....

—No; se lo juro á usted. Los he perdido, pero los devolveré.

—Es inútil; nadie le pide nada. Yo pondré los 800 francos que faltan. No quiero que esa niña pierda un céntimo de su dote. Ahora se trata de explicar á Roudic de qué manera había desaparecido el dinero, y cómo ha vuelto. Póngase usted ahí y escriba.

Reflexionó un momento el director mientras se sentaba el nantés, y cogió una pluma. Clarisa había le-

vantado la cabeza. Esperaba. Era su vida ó su muerte la tal carta.

—Escriba usted: “Señor director: yo fui quien, en un momento de locura, cogí los 6,000 francos en el armario de los Roudic....”

Hizo el nantés un gesto de protesta; pero temió á Clarisa y dejó restablecer los hechos en toda su verdad lógica y cruel.

“De los Roudic....” dijo, repitiendo la última palabra. El Director continuó:

“....Aquí está el dinero.... No puedo conservarlo en mi poder. Me abrasa.... Dé usted libertad á la persona de quien he dejado sospechar, y ruegue usted á mi tío me conceda su perdón. Dígame que dejo la oficina y me voy sin atreverme á verlo. Volveré cuando, á fuerza de trabajo y de arrepentimiento, haya ganado el poder estrechar la mano de un hombre honrado....” Ahora la fecha.... y firme usted....

Y viendo que titubeaba:

—¡Ciudadito, joven! Le prevengo á usted que, si no firma, hago que detengan inmediatamente á esta mujer....

El nantés firmó sin decir una palabra. El director se levantó.

—Ahora puede usted marcharse.... Vaya usted á Cuernigny, si usted quiere, y trate de conducirse bien. De todas maneras, no olvide usted que, si llego á saber que le han visto rondando por Indret, los gendarmes le echarán á usted mano. Esta carta les autoriza para ello....

El nantés hizo un medio saludo, echando al pasar una mirada sobre Clarisa. Pero la ilusión había des-

parecido. La mujer volvió dulcemente la cabeza, bien decidida á no volverle á ver, á conservar intacta en su conciencia y remordimiento, la imagen horrible que conseryó del ladrón aquella noche. En cuanto hubo salido el nantés, acercóse la señora de Roudic al director, cruzando las manos en ademán de agradecimiento.

—No me dé usted las gracias, señora. Esto lo he hecho por su marido, para ahorrarle á ese buen hombre la más cruel de las torturas.

—Pues por mi marido es por quien le doy á usted las gracias, caballero. . . . Unicamente en él pienso; y prueba evidente es el sacrificio que voy á hacerle.

—¿Qué sacrificio?

—El de vivir, cuando tan agradable sería la muerte, dormirse para siempre. . . . Todo estaba ya dispuesto y trazado en mi espíritu. Unicamente por Roudic desistí de mi propósito. ¡Si usted supiera qué falta me hace descansar un poco!

Y, en efecto, el milagro de vigor que durante aquella crisis la había sostenido, ya no obraba, y reaparecía su indolencia habitual en tal desmadejamiento de todo su cuerpo, tan abatida parecía estar cuando, medio encorvada, retirábase ya del despacho, que el director, temiendo una catástrofe, otra desgracia mayor é irreparable, le dijo:

—¡Vamos, señora, un poco de valor! Piense usted en el dolor de Roudic cuando lea luego esta carta; será un golpe terrible para él. No aumente usted sus sufrimientos.

—Eso mismo es lo que yo pienso, dijo ella; y salió contentamente.

En efecto: rudo golpe fué para Roudic el saber, por boca del director, la falta de su sobrino. Fué necesaria toda la alegría de Zenaida, al hallar de nuevo sus cuartitos, para calmar un poco en el corazón de aquel buen hombre la extrañeza dolorosa que sienten las naturalezas honradas ante la infamia y la ingratitud. Su primera palabra fué: “¿Le quería tanto mi mujer!” Y los que le oyeron, se sonrojaron por él, por tan cruel sencillez.

¿Y el Azteca? ¡Ah! El pobre Azteca tuvo su día de gloria. Elijóse en todas las puertas de la fábrica un orden del director proclamando muy alto la inculpabilidad del aprendiz. Le rodearon, le festejaron. De sobra está decir si los Roudic les pidieron les perdonase, ofreciéndole de nuevo su amistad. Sólo una cosa faltaba á su felicidad: ¡Belisario!

En cuanto abrieron la jaula, en cuanto le dijeron: “Queda usted en libertad,” el vendedor ambulante se fué sin preguntar nada. Parecíale tan turbio todo aquello, tanto temía el ser otra vez cogido, que no pensaba más que en huir, en recorrer el camino con toda la ligereza que le permitieran sus pies heridos. Jack sintió mucho aquella huida. Hubiera querido sincerarse junto á aquel desgraciado, golpeado por él, encarcelado dos días, y casi arruinado por el desastre de su mercadería. Lo que más le afligía, era pensar que Belisario se habría ido creyéndole culpable, pues nadie pudo decirle la verdad, marchándose tan pronto; y el pensar que aquel miserable le tomaba por un ladrón, arrojaba cierta sombra sobre su alegría.

Mas á pesar de todo, había almorzado alegremente en el acto de prometerse por esposos Zenaida y el sar-

gento Mangin; también bailó con los demás, y en medio de la algazara, entró D'Argenton. La aparición del poeta, majestuoso y enguantado de negro, produjo sobre la alegre reunión malísimo efecto. Y es que cuando se ha compuesto uno un tipo especial para cierto papel, es difícil desecharlo de repente. De sobra lo probó la actitud de D'Argenton. Por más que le probaron que se había hallado el dinero, que Jack resultaba inocente, y que, al venir él á Indret, se había cruzado con una segunda carta del director, destinada á reparar todo el mal que hizo la primera; por más que vió todas aquellas gentes tratar al aprendiz como un hijo de la casa desde el Sr. Roudie, que le daba golpecitos sobre el hombro, diciéndole palabras cariñosas, hasta Zenaida, que le cogía la cabeza con sus fuertes manos y se divertía en despeinarlo, ensayándose para hacer lo mismo con el sargento, no por eso abandonó el poeta su actitud digna y grave. No dejó de decirle á Roudie, en términos muy expresivos, el disgusto que le habían dado, á él y á la madre de Jack.

—¡Pero yo soy más bien quien debe una satisfacción á ese pobre niño!... gritaba el ajustador.

D'Argenton no le escuchaba. Hablaba del honor, del deber y de los conflictos á que conduce la vida desordenada.

Jack, aunque relativamente inocente, más de un motivo de pesar tenía; recordaba su jornada de Nantes, y en qué estado el sargento Mangin, allí presente, podía certificar haberle visto. Se sonrojaba, no sabía qué actitud conservar mientras duraba el sermón del pontífice. Por fin, cuando éste hubo maravillado á todas aquellas buenas gentes con su elocuente palabra; cuando hu-

lo discurrido durante una hora, destilando tristeza empalagosa, soñoliento aburrimiento, al que había asabado por sucumbir el Sr. Roudie:

—Mucha sed debe usted tener desde el tiempo que hace que está usted hablando, le dijo cándidamente el ajustador; y mandó que trajeran una jarra de sidra de primera, con un pastel de trigo moreno que Zenaida había preparado para la merienda. Y, la verdad, tan buena cara tenía aquel pastel, tan doradita y apetitosa estaba la corteza, que el poeta, siemper glotón, como ya sabemos, se dejó tentar y le dió tremenda cuchillada, parecida, en las dimensiones, á la que le dió Belisario al jamón de las Aulnettes.

De cuantas palabras acababa de oír, sólo había retenido Jack una sola cosa: que D'Argenton había hecho un viaje muy largo para traer á Indret el dinero que le ahorraría la vergüenza de verse sentado en el banco de los criminalés. En efecto, no había dejado el poeta de sacar partido de esa circunstancia, dando con frecuencia golpecitos sobre su cartera, diciendo: "Aquí traía el dinero...." Y el niño, figurándose de buena fe que D'Argenton había substraído 6,000 francos de su propia fortuna, sin más objeto que el de salvarle á él, principiaba á creer que se había equivocado sobre aquel personaje antipático, y que su frialdad y su repulsión no eran más que aparentes. Nunca había sentido tanto respeto ni tanto afecto hacia "el enemigo," quien, estupefacto también, no reconocía ya al potro indómito; y atribuyéndose aquel nuevo mérito, decía:

—Me lo he metido en el bolsillo.

Este pensamiento, y la buena acogida que le dispensaron los Roudie, acabó de ponerle de buen humor.

La verdad, si hubiesen ustedes visto al poeta y al aprendiz bajar, cogidos del brazo, las calles de Indret y hablar junto á la orilla del Loira, los hubieran ustedes tomado por dos amigos. ¡Qué contento estaba Jack hablando de su madre, preguntando noticias, detalles, respirándola, por decirlo así, sobre las facciones de aquélla á quien tanto él quería! ¡Ah! Si hubiese él sabido que tan cerca la tenía y que, desde hacía una hora, D'Argenton, combatido por un resto de piedad y su egoísmo celoso, se preguntaba:

“¿Le digo que está ahí?”

La verdad es que al venir á oficiar de pontifical á Indret, no esperaba el poeta semejante desenlace.

De muy buena gana hubiera él llevado ante la madre el niño culpable, humillado, al que no hubiera podido acariciar; pero presentarle aquel héroe triunfante, aquel mártir de un error judicial; asistir á las efusiones, á los enternecimientos de aquellos dos corazones, que no querían cesar de latir uno para otro, eso estaba por encima de sus fuerzas.

Mas para cometer semejante crueldad, para rehusar á Carlota y á su hijo la alegría de verse después de haberlos aproximado uno á otro, necesitaba pretextos, subterfugios, alguna razón que tuviese una apariencia de justicia, y pudiera, sobre todo, formularse con palabras de relumbrón. Y esa razón, Jack fué quien se la suministró.

Figúrense ustedes que el pobrecito Jack, encariñado por aquella dulzura insólita, tuvo un arranque, una necesidad de confianza, y se le ocurrió confesar al señor D'Argenton que decididamente, ninguna afición sentía por la vida que hacía, que nunca sería un buen obrero,

que estaba demasiado solo, demasiado lejos de su madre; que quizás pudieran hallarle una vida más conforme con sus gustos, con sus fuerzas. . . . ¡Oh, no le arredraba el trabajo! . . . . Sólo que hubiese él querido un trabajo en que trabajaran menos los brazos y se desarrollara más la inteligencia.

Mientras esto decía, estrechaba Jack la mano del poeta, y la iba sintiendo, poco á poco, enfriarse, retirarse, desasirse. De repente halló enfrente de él la cara impenetrable, la mirada azul, cruel, del antiguo “enemigo.”

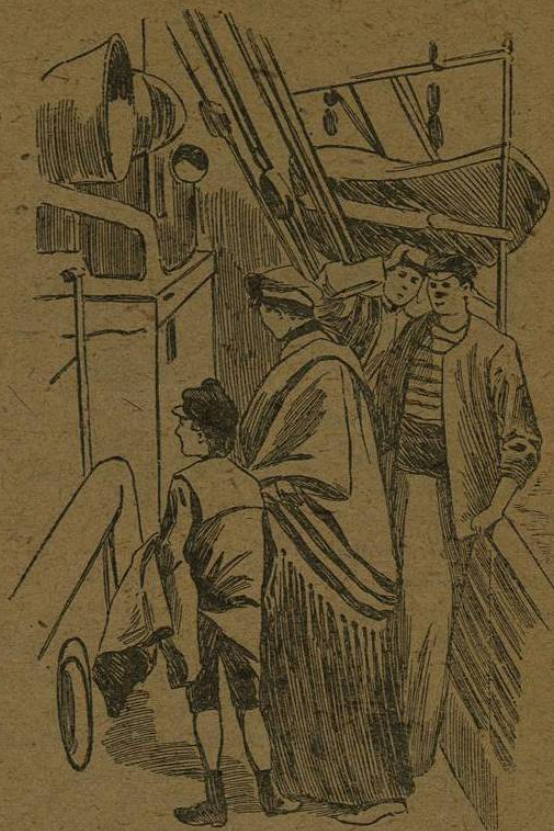
—Me apesadumbra usted mucho, Jack, me apesadumbra usted mucho; y su madre de usted quedaría muy apenada si le viese en tales disposiciones. Ha olvidado usted lo que tantas veces le dije: “No hay en el mundo gente peor que los soñadores. . . . Desconfiemos de los utópicos, de los ensueños calenturientos. . . . Este siglo es un siglo de hierro. . . . ¡Al trabajo, Jack, al trabajo!”

Y durante una hora tuvo el niño que aguantar frases de éstas; durante una hora oyó el desgraciado aquella moral más helada, más aguda y más penetrante que la lluvia que en aquel instante caía y que comenzaba á envolver el paisaje.

Y mientras se paseaba de arriba abajo en la orilla había allá, del otro lado de la ría, una mujer que, aburriéndose de esperar en el cuarto de la posada, había venido al muelle para acechar al barquero, de cuya lancha saldría luego aquel abominable criminalillo adorado, á quien ella no había visto desde hacía dos años. Pero ahora ya tenía D'Argenton su pretexto. En las malas disposiciones en que se hallaba el chiquillo, la vista de su madre no haría sino descorazonarlo más. . . . Más

prudente era que no la viese. . . . Carlota sería bastante razonable para comprenderlo y hacer ese sacrificio en interés de su hijo. "¡La vida no es una novela," qué demonio! . . . .

Y así fué cómo, aunque separados sólo por la anchura de la ría, tan cerca uno de otro que llamándose un poco fuerte se habrían oído, Jack y su madre no se vieron aquella tarde, ni en mucho tiempo.



El niño, vestido á la inglesa, se parecía al hijo de lord Peambock.